

EL PRIMER EXILIO DE LOS VASCOS, 1936-1939

Jesús J. Alonso Carballés
Universidad de Limoges-EHIC

Tampoco podía él suponer que todo desaparecería. Que las casas y caminos iban a ser otros, con otras gentes.
Sancho de Beurko

En un volumen destinado a realizar un balance de la Guerra Civil setenta años después del bombardeo de Guernica, este artículo tiene como objetivo principal ofrecer una visión panorámica de lo que fue el primer exilio vasco: la salida hacia otros países de decenas de miles de personas en diferentes momentos de la contienda entre 1936 y 1939. Dentro de este marco cronológico, nos proponemos abordar las diferentes fases de este fenómeno que se inició con la huida hacia Francia de miles de vascos con motivo de la ofensiva franquista sobre Guipúzcoa en 1936, continuó con las evacuaciones masivas del frente norte entre marzo y octubre de 1937 y concluyó con el gran éxodo de enero y febrero de 1939, que marcó el final de la campaña de Cataluña. Analizaremos la especificidad de cada una de estas oleadas, la acción del Gobierno Vasco en su organización y en la atención a los refugiados, la solidaridad y ayuda de diversos gobiernos y organismos de carácter humanitario, sin olvidar su presencia en Cataluña. En definitiva, trataremos de ofrecer una visión de conjunto de este episodio clave de la historia del País Vasco, con una atención particular al éxodo de los niños, protagonistas destacados de este proceso y víctimas inocentes de todas las guerras que rara vez ocupan el lugar que les corresponde en la historia.

1. Las diferentes fases del exilio

Tras el estallido del conflicto no se produjeron prácticamente movimientos de población reseñables, salvo los propiciados por personas de origen extranjero que residían en el norte de España, aquellas que se encontraban allí de vacaciones y algunas familias vascas cuya significada ideología política implicaba un elevado compromiso frente a las nuevas autoridades. Como es sabido, la sublevación militar dejó dividido el territorio vasco en dos zonas desde los primeros momentos del conflicto y la evolución de la guerra provocó que fueran las poblaciones de los territorios favorables a la República, Guipúzcoa y Vizcaya, las que sufrieran de forma mayoritaria las consecuencias del exilio.

1.1. La oleada de 1936

El primer éxodo importante de población vasca hacia el extranjero tuvo lugar pocas semanas después del inicio de la guerra durante la campaña de Guipúzcoa. El temor originado en la población por el rápido avance de las tropas sublevadas sobre la zona fronteriza y la proximidad de los combates provocó la huida de un considerable número de mujeres y niños hacia Francia. En apenas dos días, entre el 30 de agosto y el 1 de septiembre, 2.272 personas atravesaron la frontera a pie con escasos enseres y algo de ropa. Tras la caída de Irún, la presión se dirigió hacia San Sebastián. Antes de la caída de la ciudad el 13 de septiembre de 1936, la Junta de Defensa y los mandos militares organizaron la evacuación de una parte de la población civil para evitar los choques militares y las posibles represalias que pudieran ejercer las tropas sublevadas. Desde el puerto de San Sebastián se fletaron algunos barcos de gran tonelaje, acompañados por numerosas embarcaciones pesqueras. Globalmente, este proceso se caracterizó por su carácter coyuntural, motivado por el temor a los combates y a las represalias, mientras que el hecho de contar con familiares o amigos instalados al otro lado de la frontera fue igualmente un factor decisivo para al menos un millar de personas. En definitiva, el número de exiliados a Francia en este primer éxodo

desde Guipúzcoa fue superior a las 16.500 personas, mujeres y niños en su mayor parte y algunos ancianos; mientras que los milicianos evacuados fueron entre 2.000 y 3.000, la mayor parte de los cuales fueron repatriados rápidamente hacia Cataluña por la frontera de Port Bou¹.

Inicialmente, el Departamento de los Bajos Pirineos, hoy Pirineos Atlánticos, recibió el mayor contingente de refugiados, más de 4.000, en localidades no muy alejadas de la frontera como Bayona, donde fueron acogidas unas 2.000 personas. Hendaya acogió 600 refugiados, Anglet 400, Urrugne 150, y San Juan de Luz un centenar. Rápidamente, un contingente superior de exiliados vascos fue trasladado hacia departamentos situados más al norte como la Gironde, las Landas, Lot-et-Garonne o Lot-et-Indre². El alojamiento y la manutención de estas personas corrieron a cargo de las autoridades y de la población francesas de las distintas localidades de acogida, grupos políticos y organizaciones sindicales de izquierda, además de algunas instancias católicas. Por lo que se refiere a la población refugiada, es conveniente destacar que las motivaciones políticas tuvieron en esta primera fase un papel muy secundario y, por ello, se impuso la tendencia al retorno.

Aproximadamente la mitad de los refugiados regresó a sus casas en las semanas siguientes tras la estabilización del frente en la línea del Deva. Una parte volvió a Guipúzcoa, mientras que la otra mitad se dirigió hacia Cataluña, fundamentalmente hacia Barcelona, como se desprende de las cifras manejadas por la Delegación de Euzkadi en Cataluña, que en enero de 1937 registraba un número importante de guipuzcoanos. El número de refugiados vascos de esta oleada que permaneció en Francia de forma prolongada se elevaría a 5.000, la mayor parte de los cuales permanecieron en el Departamento vecino de los Pirineos Atlánticos.

1.2. La acogida de los refugiados guipuzcoanos en Vizcaya

Paralelamente a este movimiento migratorio hacia Francia, el avance militar franquista ocasionó la primera gran oleada de refugiados de la guerra con la huida por tierra de más cien mil guipuzcoanos hacia el territorio republicano de Vizcaya. Familias enteras compuestas por mujeres, ancianos y niños, acompañados de sus escasos efectos personales y, en ocasiones, de sus animales, se desplazaron hacia el oeste al compás del avance de las tropas. La llegada de estos refugiados alimentó inicialmente el temor al avance sublevado, pero sobre todo dio origen a una respuesta solidaria por parte de la población vizcaína, que acogió en sus casas a numerosos desplazados. También supuso la puesta en marcha de un ingente esfuerzo de acogida iniciado por la Asistencia Social de la Junta de Defensa de Vizcaya, continuado y ampliado con acierto por el Departamento de Asistencia Social del Gobierno Vasco, constituido en la primera semana de octubre de 1936. Esta acción fue dirigida y coordinada eficazmente por el consejero socialista Juan Gracia Colás al frente del Departamento de Asistencia Social. Rápidamente, este Departamento logró controlar, alojar y aprovisionar de manera satisfactoria en condiciones de guerra a esa ingente cantidad de refugiados guipuzcoanos. Para ello se incautaron grandes edificios, locales de empresas, escuelas, conventos, fundaciones religiosas y propiedades de personas identificadas políticamente con los sublevados. En menos de tres meses, el Departamento de Asistencia Social fue capaz de poner en marcha una verdadera red de asistencia social a todos los niveles, que incluía comedores, alojamientos colectivos y servicios médicos y que permitió llevar una existencia digna en las citadas circunstancias a más de 70.000 refugiados. Según consta en la memoria de la labor realizada por el Departamento hasta el 31 de diciembre de 1936, la capital acogió un total de 35.000 personas (15.000 niños, 12.000 mujeres y 6.500 hombres mayores), mientras que un número similar fue albergado en el resto del territorio vizcaíno³. En el censo de refugiados realizado por el Departamento desde el mes de octubre de 1936, donde aparecen consignadas las peticiones realizadas por estos refugiados, constatamos que casi un 90 % de los refugiados solicitaron ropas debido a la proximidad del invierno y a la precipitación con la que partieron los refugiados de sus casas, tan sólo un 7 % alojamiento y un reducido 3 % comida⁴. A la luz de estas cifras, no parece exagerado afirmar que la mayor parte de las necesidades de alojamiento y manutención de los refugiados fueron cubiertas por el Departamento de Asistencia Social del Gobierno de Euzkadi.

Paralelamente, una parte importante de las iniciativas del Departamento de Asistencia Social estuvieron encaminadas a salvaguardar a los niños de las penalidades de la guerra. Para ello se crearon numerosas *Casas de Huérfanos de Milicianos y Permanencias Infantiles*, destinadas a dar una solución educativa y de acogida a la problemática singular de los niños refugiados que las propias autoridades cifraban en 30.000. Una de las más destacadas fue la Permanencia instalada en el antiguo Palacio de Olavarri, en el número 41 del Campo de Volantín en Bilbao, cuyos residentes eran en su mayor parte hijos de milicianos y *gudaris* fallecidos. El edificio, remodelado para su nuevo cometido, fue equipado con 150 camas, además de diversos comedores, salones de estar, salas de visita, de estudio, despacho médico y un refugio contra los bombardeos, cada vez más frecuentes. Si evocamos, aunque sea de forma tan somera, la creación de esta auténtica red asistencial, es para mostrar que el Gobierno Vasco, con el Departamento de Asistencia Social a la cabeza, dedicó grandes esfuerzos a aliviar la situación del conjunto de refugiados y de los pequeños más necesitados. Mientras fue viable, esta labor asistencial y educativa se realizó en el territorio vasco; cuando el avance de las tropas franquistas la hizo imposible, el Departamento organizó la evacuación de la población civil lejos de Euskadi.

1.3. La evacuación de la población civil en 1937

Para poder entender las dimensiones extraordinarias del éxodo de la población civil vasca en 1937, es imprescindible recordar brevemente las circunstancias bélicas en las que se produjeron las diferentes fases de expediciones a lo largo de ese año.

1.3.1. La primera expedición infantil

La primera expedición se produjo en marzo, antes incluso de que se iniciara la ofensiva franquista sobre el territorio de Vizcaya. Desde la formación del primer Gobierno Vasco en octubre de 1936 hasta el inicio de la ofensiva franquista contra el territorio de Vizcaya el 31 de marzo de 1937, la población de la Euskadi autónoma vivió un período de relativa calma, con el mantenimiento de los frentes prácticamente estables. No obstante, la población sufrió la escasez de algunos alimentos básicos, los niños dejaron de asistir a la escuela, y la Legión Cóndor bombardeó de forma esporádica a la población vasca. Fue precisamente el bombardeo de Bilbao el 4 de enero de 1937, que causó una honda impresión en la población, el que llevó al Gobierno Vasco a tomar en consideración una propuesta previa de la Embajada republicana de París para acoger temporalmente en Francia a los niños que vivían próximos a las zonas en conflicto. Inmediatamente después de este bombardeo, el Departamento dirigido por Juan Gracia ofreció por primera vez a las familias vascas la posibilidad de inscribir a sus hijos de 5 a 12 años para su evacuación. La impresión causada por el ataque aéreo fue de tal magnitud que en apenas una semana, entre el 9 y el 16 de enero de 1937, hubo más de 1.600 solicitudes de padres demandando la salida temporal de sus hijos al extranjero⁵.

El Gobierno Vasco, tras dos meses de gestiones, consiguió a primeros de marzo el apoyo y la protección de la armada británica y de grupos sindicales y humanitarios franceses encargados de acoger a los niños. El Departamento de Asistencia Social quiso organizar una evacuación modesta en número, pero ejemplar en su realización. El número de integrantes quedó reducido a 450 menores de ambos sexos procedentes de Vizcaya y Guipúzcoa. La expedición salió el 21 de marzo de 1937 desde el puerto vizcaíno de Bermeo a bordo de dos destructores británicos, el *Campbell* y el *Blanche*, con destino a San Juan de Luz. Desde allí fueron conducidos hasta la isla de Oléron, al norte de Burdeos, donde fueron acogidos temporalmente en la magnífica colonia de vacaciones *La Maison Heureuse*.

1.3.2. La gran oleada: las evacuaciones de mayo y junio de 1937

Pocos días después de la salida de esta primera expedición, el 31 de marzo de 1937 se inició la ofensiva franquista sobre el territorio de Vizcaya con el bombardeo de Durango, que arrasó buena

parte del pueblo y provocó más de 300 víctimas. En las semanas siguientes numerosas localidades vizcaínas, incluida la capital, fueron bombardeadas con relativa frecuencia por la Legión Cóndor, provocando numerosos muertos y un incremento considerable de la inquietud colectiva. El dramático bombardeo de Guernica, el 26 de abril de 1937, dio la voz de alarma definitiva sobre la capacidad de destrucción de la aviación alemana y fue contemplado por las autoridades vascas como el siguiente peldaño en la escalada de terror anunciada por Mola, iniciada en Durango, y que parecía tener en la población de Bilbao su próximo objetivo. Fue en esos últimos días de abril, ante la amenaza constante desde el aire, cuando el Gobierno Vasco, con el Departamento de Asistencia Social a la cabeza, dio el impulso definitivo a la organización de la evacuación a gran escala de la población civil con el propósito de evitar lo que se preveía como una catástrofe inminente. En los últimos días de abril y primeros de mayo, las peticiones de los padres solicitando la evacuación de sus hijos aumentaron exponencialmente. Además de los bombardeos, hubo también otros factores como la dificultad cada vez más frecuente para encontrar alimentos y el hecho de que, en principio, se tratara de una evacuación temporal, que iba a durar unas semanas, a lo sumo unos meses, hasta que la ofensiva franquista fuera detenida.

Para llevar adelante este proyecto de evacuación de la población civil era imprescindible el apoyo de Gran Bretaña y de Francia, puesto que la armada franquista se oponía frontalmente al mismo. Inicialmente, ambos países se mostraron reticentes a ofrecer su apoyo, puesto que los riesgos eran evidentes, a lo cual se añadían los costes económicos de la operación. A primeros de mayo, tras la emoción provocada por el bombardeo de Guernica, ambos gobiernos consintieron en escoltar las expediciones con refugiados civiles por motivos humanitarios, pero condicionaron este apoyo a la presencia en cada una de ellas de un porcentaje, en torno al 20 % del pasaje, de prisioneros políticos conservadores, de «rehenes» según sus propias palabras, que se encontraban recluidos en diferentes cárceles de Bilbao⁶. Francia se comprometió a acoger de forma transitoria a los refugiados en su territorio, y la armada británica a escoltar las expediciones, que deberían realizarse bajo la supervisión del cónsul británico en Bilbao, Ralph Stevenson. Este apoyo de ambas potencias democráticas y la implicación efectiva de la *Royal Navy* en la evacuación provocó una colérica reacción de las autoridades franquistas, que consideraron esta acción como una «ingerencia extranjera intolerable» e incluso amenazaron con hundir los barcos que salieran del puerto de Bilbao con refugiados, pero ni siquiera esta amenaza pudo paralizar el proceso. La evacuación quedó abierta para los ancianos, mujeres y niños menores de quince años que quisieran abandonar el territorio vasco, independientemente de su ideología y de su condición social, como habían exigido ingleses y franceses. Al menos en principio, ya que los padres tenían que inscribir a sus hijos en las sedes de los partidos políticos y agrupaciones sindicales, que eran los encargados de su tramitación en el Departamento de Asistencia Social, lo cual condicionó la composición del pasaje, si bien es cierto que en casi todas las expediciones hubo pequeños contingentes de los que en la documentación francesa aparecen caracterizados como *refugiados de pago*, personas con medios, que, una vez llegados a Francia, podían disponer libremente de sus actos e incluso regresar a la zona *nacional* si así lo creían conveniente. En el caso de las personas adultas, mujeres y ancianos, las solicitudes eran tramitadas por el Departamento de Gobernación, dirigido por el nacionalista Telesforo Monzón. A la hora de cumplimentar las solicitudes, los padres podían elegir el destino de sus hijos, generalmente Francia, Gran Bretaña o la URSS, aunque en algunas demandas, también aparecían menciones como «al extranjero» o «a donde se pueda», que reflejan bien la incertidumbre existente en esos momentos entre las familias vascas por la suerte de sus vástagos. En los días previos a la evacuación, los menores eran convocados para pasar un reconocimiento médico, en el cual eran tallados, pesados y vacunados contra la viruela. Para poner en marcha esta evacuación masiva, el Gobierno de Euzkadi recurrió al trasatlántico *Habana*, que se encontraba amarrado en el puerto exterior de Bilbao y que había sido requisado en el mes de enero de 1937 con la intención de convertirlo en un barco hospital⁷. A esta embarcación se sumaron diversos buques mercantes que navegaban bajo bandera republicana, británica y francesa y que habían logrado llegar a Bilbao pese al supuesto bloqueo del puerto, además del *Goizeko-Izarra*, antiguo yate de recreo de Sir Ramón de la Sota.

A pesar de prever una estancia limitada en el tiempo, el Gobierno Vasco concedió una enorme importancia a la educación y al cuidado que los pequeños pudieran recibir durante su exilio y todas las expediciones contaron con la presencia de profesores, *andereños* y auxiliares encargados de proporcionarles educación, cuidado y primeras atenciones. Es difícil llegar a conocer el número exacto de personas, fundamentalmente mujeres, que acompañaron y fueron el sostén diario, la *madre*, de muchos pequeños. En Francia esta cifra superó las 500 personas, mientras que en los casos de Gran Bretaña, Bélgica y la URSS se situaría en torno al centenar, entre personal docente y auxiliar.

Las expediciones masivas comenzaron la primera semana de mayo de 1937, cuando el país vecino tuvo todo dispuesto para la acogida. Apenas cuatro días después del bombardeo de Guernica, el ministro del Interior francés envió una primera circular a los prefectos de los departamentos de la Gironda y la Charente, en la que les indicaba la posibilidad de recibir en breve un elevado contingente de varios miles de refugiados procedentes de Bilbao. En principio, se señaló como destino obligatorio de las expediciones los puertos de Pauillac, en las cercanías de Burdeos, y La Pallice, en La Rochelle. En los meses siguientes, se añadieron los puertos de Nantes y Saint-Nazaire, más al norte, mientras que los puertos más cercanos de San Juan de Luz y Bayona quedaron reservados para casos urgentes. Las autoridades galas determinaron también una primera serie de departamentos de acogida, a los que debían ser conducidos los refugiados, lista que fue ampliada en sucesivas ocasiones hasta abarcar la mayor parte del territorio francés, salvo los departamentos fronterizos con Alemania.

A principios de mayo de 1937, los consejeros de Asistencia Social y de Sanidad del Gobierno Vasco, Juan Gracia y Alfredo Espinosa, se trasladaron a Francia para coordinar mejor las labores de evacuación, acogida y reparto de los refugiados en el territorio galo. Se puso en marcha en la Delegación del Gobierno Vasco de París un Comité de Evacuación, con subdelegaciones en Bayona y Burdeos, que, bajo la presidencia de José María de Izaurieta, tuvo como objetivo la coordinación de todas las acciones emprendidas en el exterior relacionadas con la evacuación, la búsqueda de refugios y centros de acogida, así como el seguimiento de los refugiados. El propio Juan Gracia, por decisión expresa del Gobierno Vasco, permaneció en Francia el resto de la guerra coordinando allí las labores de su Departamento.

Durante esta fase, las expediciones más importantes fueron integradas mayoritariamente por menores, aunque no exclusivamente. La primera expedición partió desde el puerto de Santurce el 6 de mayo de 1937 con 2.483 refugiados a bordo del *Habana* con destino al puerto de La Pallice, en La Rochelle. El 9 de mayo tuvo lugar una expedición a bordo de tres mercantes franceses, el *Carimare*, el *Château-Palmer* y el *Margaux*, que habían llegado el día anterior con varias toneladas de provisiones y víveres para Bilbao, fruto de donaciones y suscripciones populares en Francia. Una vez descargados, los barcos retornaron a las costas francesas con un nuevo contingente de 2.000 evacuados a bordo, una buena parte de ellos pertenecientes a familias acomodadas, que habían costado su propio pasaje. Según las autoridades francesas, la mayor parte de estos pasajeros, tras ser desembarcados, se dirigieron hacia la zona fronteriza con el País Vasco y atravesaron la frontera en dirección de San Sebastián. El 21 de mayo se realizó la única expedición que tuvo como destino Gran Bretaña, compuesta por 3.861 niños, de nuevo a bordo del *Habana*, a la que seguirían otras expediciones hacia Francia el 1 y el 6 de junio. En la semana siguiente, el 10 y el 13 de junio, se produjo la evacuación de los 270 niños hospitalizados en el Sanatorio de Górliz, mientras que la expedición más numerosa se produjo el 13 de junio, apenas una semana antes de la entrada de los franquistas en Bilbao, con 4.500 niños a bordo del gran trasatlántico: 2.900 destinados a Francia y otros 1.600 destinados a la URSS. Estos últimos realizaron un trasbordo al vapor francés *Sontay*, que fue el que les condujo a Leningrado, donde llegaron una semana después. Les acompañaron 72 profesores y educadores, dos médicos y numerosos auxiliares.

En el siguiente cuadro, se puede observar de forma esquemática las principales expediciones realizadas desde el inicio de la ofensiva franquista sobre Vizcaya hasta la caída de Bilbao, el 19 junio de 1937.

Expediciones de evacuación realizadas desde el puerto de Santurce entre mayo y junio de 1937

Barcos	Fecha salida	Puerto llegada	Refugiados	Niños
Habana	6-V-1937	La Pallice	2.483	2.273
Goizeko Izarra	6-V-1937	Pauillac	163	163
Carimare, Margaux y Château-Palmer	9-V-1937	Pauillac	2.000	500
Habana	16-V-1937	Pauillac	3.869	2.185
Habana	21-V-1937	Southampton	3.861	3.861
Cabo Corona	22-V-1937	La Pallice	1.174	737
Habana	1-VI-1937	La Pallice	3.728	2.318
Habana	6-VI-1937	La Pallice	4.251	2.337
Goizeko-Izarra	10-VI-1937	Bayona	139	139
Goizeko-Izarra	13-VI-1937	Bayona	131	131
Habana	13-VI-1937	Pauillac	4.500	4.500
Total			26.659	19.144

En esta fase fueron más de 26.000 las personas exiliadas, de las cuales 19.000 eran menores y algo más de 7.000 adultos, mujeres y ancianos, además del personal acompañante evocado previamente.

1.3.3. La fase final: las evacuaciones desde Santander y Asturias

En los días previos a la caída de Bilbao, una parte de la población y miles de refugiados, por expresa indicación de las autoridades vascas, iniciaron su huida hacia las Encartaciones, donde se había previsto la construcción de edificaciones temporales destinadas a los refugiados. El avance posterior del frente en esa misma dirección convirtió esa zona en un polvorín y las personas allí refugiadas se vieron obligadas a continuar su marcha hacia el oeste, hacia Santander primero y hasta Asturias posteriormente. Por mar o por tierra, el número de refugiados vascos que huyeron de Vizcaya ante la llegada de las tropas franquistas fue superior a los cien mil, con un porcentaje importante de mujeres y niños de corta edad. En esos momentos la evacuación al extranjero era algo que muchos refugiados, sobre todo madres acompañadas de sus pequeños, ni siquiera contemplaban cuando iniciaron su huida. No obstante, en la mayor parte de los casos el embarque hacia Francia fue vivido como un verdadero alivio tras la incertidumbre de las semanas previas. Así aparece recogido ese momento en las memorias de la dirigente de *Emakume Abertzale Bazta*, Polixene Trabudua:

Después de un año de angustias y, sobre todo, después de aquellos últimos días en que el terror de saber que podíamos morir despedazados, en cualquier momento, por una bomba o por una bala era tan grande, el sabernos de pronto completamente seguros en aquel barco francés, con aquella tripulación de hombres vestidos con sus impecables uniformes, que nos trataban con toda consideración y respeto, a pesar de nuestros aspectos sucios y malolientes... era algo que sobrepasaba nuestra capacidad de sorprendernos⁸.

Tanto desde Santander, durante los meses de julio y agosto, como desde Asturias, hasta la caída de Gijón en el mes de octubre, fue el Departamento de Gobernación, dirigido por Monzón, bajo la supervisión de Fidel Rotaache, el que organizó las expediciones de evacuación de refugiados. En

esta ocasión, el exilio tuvo un carácter más familiar, con una presencia mayoritaria de mujeres, en ocasiones acompañadas de sus hijos, y algunos ancianos, a los que hay que añadir los integrantes del Gobierno Vasco y aquellos milicianos que continuaron combatiendo hasta la caída final de Asturias.

Con el *Habana* anclado en Burdeos, fueron mayoritariamente mercantes ingleses y franceses, como el *Marion Moller*, el *Perros Guirec*, el *Tregastel* y el *Ploubazlanec*, entre otros, los empleados en este éxodo. Las condiciones de la travesía en estos barcos fueron en general bastante penosas, con las cubiertas abarrotadas de gente y con unas instalaciones sanitarias muy someras. En los meses de julio y agosto de 1937, el principal puerto de evacuación fue el de Santander, desde donde salieron más de 31.000 refugiados. El inicio de la ofensiva franquista sobre la capital cántabra el 14 de agosto provocó el traslado definitivo de las operaciones de embarque a los puertos asturianos de Ribadesella, Gijón y Avilés. Desde aquí y hasta la caída de Gijón a finales del mes de octubre, salieron hacia el exilio un total de 62.000 refugiados. Los informes del Gobierno Vasco, establecidos por Fidel Rotaache, sitúan en 116.746 los exiliados, de los cuales 103.115 eran ciudadanos vascos, desde finales de junio a octubre⁹. A nuestro modesto entender, esa cifra resulta un tanto abultada, resultado de contar como vascos a la mayor parte de los integrantes de las expediciones realizadas tras la caída de Euskadi. Según diferentes cálculos, realizados a través del análisis de los listados de las expediciones realizadas desde Santander y Asturias, en muchos casos los vascos supondrían en realidad entre la mitad y los dos tercios de las expediciones citadas, por lo que esa cifra podría ser en realidad más reducida¹⁰. Es cierto que en ocasiones es complicado distinguir en los listados entre las personas originarias del País Vasco y aquellas de los otros territorios republicanos del norte, pero también hay que tener en cuenta que hubo expediciones que no aparecen censadas en el listado de Rotaache, por lo que es muy complicado dar una cifra exacta de exiliados vascos en esta última fase de las evacuaciones. Según las fuentes del Gobierno Vasco, el número de exiliados vascos durante todo el año 1937 se situaría en torno a los 130.000. No obstante, si tenemos en cuenta las cifras de refugiados que con posterioridad fueron repatriados desde Francia tanto al País Vasco como a Cataluña, consideramos que habría que reducir la cifra final de exiliados vascos y situarla en torno a los cien mil para todo el años 1937¹¹, de los cuales en torno a 32.000 eran menores¹².

2. El pueblo vasco en el exilio

¿Pensó alguna vez el Gobierno Vasco que el éxodo de la población civil alcanzaría tales proporciones? ¿Estaba preparado o tenía los medios suficientes para poder atender a esos exiliados fuera de Euskadi? Sin duda es difícil responder a ambas cuestiones. No debemos olvidar que se preveía un retorno rápido de los refugiados, aunque la toma del territorio vasco y del resto del norte republicano por las tropas franquistas y su política represiva y excluyente provocaron que una huida de algunas semanas se transformó para muchos en un largo éxodo, que no concluyó hasta 1939, mientras que en otros se extendió hasta la muerte del propio Franco e incluso para algunos ha perdurado hasta nuestros días.

Perdido el territorio, el Gobierno Vasco inició en el exilio una nueva etapa crítica, en la que se puso en cuestión hasta su propia existencia, sobre todo tras lo sucedido en Santoña. Las autoridades vascas, con el *lehendakari* Aguirre a su cabeza, defendieron siempre la necesidad de continuar su labor, centrando su esfuerzo ahora en la atención a los exiliados y refugiados vascos. Esta asistencia a la población refugiada sirvió, pues, como sólido argumento de lo que Aguirre y su ejecutivo consideraban *intereses vascos*:

necesidades concretas y terminantes del pueblo vasco allí donde se encuentre... Estos intereses están, bien en territorio extranjero, bien en territorio leal a la causa de la República; pero si sobre ellos existe una ley, un derecho reconocido en el texto autonómico, como en realidad así sucede, la gestión de estos intereses a nadie puede corresponder sino al Gobierno de Euzkadi¹³.

Durante el resto del conflicto una buena parte de los recursos del ejecutivo vasco fueron dedicados a la atención de estos exiliados y a afianzar su legitimidad y su presencia en numerosos ámbitos, con dos escenarios prioritarios: Francia y Cataluña. En Francia, el país que acogió inicialmente la mayor parte de los refugiados, se llevó adelante un esfuerzo de atención considerable y una intensa y eficaz campaña propagandística, que buscó dar a conocer la singularidad del pueblo vasco. En Cataluña, convertida en la nueva sede del ejecutivo vasco, se buscó afianzar y fortalecer su presencia en la política republicana, a la vez que atender el creciente número de refugiados que llegaban empujados desde el otro lado de los Pirineos por las presiones de las autoridades francesas.

2.1. *Los exiliados vascos en Francia*

Desde los primeros momentos, el Gobierno de Euzkadi tuvo que renunciar a su objetivo de controlar el destino de los refugiados y fueron las autoridades francesas y los comités de apoyo los encargados de su acogida inicial en el país vecino. Al llegar a los puertos franceses, éstos eran vacunados, censados y examinados con el objetivo de detectar enfermedades contagiosas peligrosas para la población francesa, como el sarampión, la rubéola, la varicela o la tuberculosis: «Daba la sensación de atracar un barco infectado de tifus exantemático», recogieron en su informe los médicos del vapor *Cabo Corona* al referirse al desmesurado cordón sanitario instalado en el puerto a su llegada¹⁴. Pese a esta prevención, el estado de salud de los exiliados sorprendió positivamente a los responsables médicos franceses, que esperaban una población más débil y castigada por la guerra¹⁵. Tras el paso de los controles y una vez alimentados, los refugiados eran conducidos por tren a las localidades de acogida designadas en Francia y para algunos millares de niños a los países vecinos.

La organización de la acogida, la alimentación, la educación, el aprovisionamiento de ropa y de todo lo necesario para albergar debidamente a un número de refugiados que sólo en el país galo superaban los ochenta mil fue una labor ardua y compleja, en la cual tomaron parte numerosos organismos oficiales, organizaciones particulares y familias. El Gobierno francés estableció en 1937 una serie de ayudas especiales para hacer frente a su acogida temporal por medio de retribuciones que se situaban entre 7 y 8'50 francos por cada persona mayor de dos años y en torno a los 5 francos por cada niño menor de esa edad. Este montante, que había sido establecido en relación directa al subsidio del desempleo, era gestionado por comités locales integrados por el alcalde, representantes de asociaciones humanitarias, de organizaciones obreras, políticas y religiosas. Gracias a estos fondos fueron creados por todo el territorio centros de acogida, entre los que podemos destacar, por el volumen de refugiados, el establecido en los pabellones de la fábrica Michelin, en Clermont-Ferrand, donde fueron albergados 548 exiliados vascos. Refugios similares, aunque rara vez tan nutridos, fueron organizados a lo largo y ancho de toda Francia. Las condiciones y el equipamiento de estos centros fue aceptable en líneas generales, aunque hubo diferencias importantes, algo normal si tenemos en cuenta que en unos casos se ocuparon locales industriales o militares abandonados, mientras que en otros se utilizaron palacios con grandes jardines, casonas señoriales o edificios comunales bien equipados. No obstante, su existencia no fue muy duradera.

A finales de septiembre de 1937, inquietas ante la tendencia a la permanencia en Francia de los refugiados y el elevado coste de su mantenimiento, las autoridades francesas decidieron el desmantelamiento de la mayor parte de ellos. Los refugiados se vieron entonces obligados a retornar bien a la España franquista, bien a la España republicana. Esta «expulsión encubierta», redujo de forma muy considerable la presencia de refugiados vascos sobre el territorio francés. Baste señalar que de un total de 1.207 refugiados acogidos en el Departamento de Vaucluse a mediados de agosto de 1937, se pasó en el mes de octubre de ese mismo año a 52 refugiados¹⁶. En un informe del *Euzkadi Buru Batzar* relativo a este proceso, se deja entrever la fuerza de las presiones de las autoridades francesas cuando se afirmaba:

Nuestra gente no quería volver ni a Cataluña, ni a Euzkadi. La necesidad les hizo elegir decidiéndose los unos por Cataluña, los otros por Euzkadi. Pero todos resignados y contrariados, obligados como decimos por la necesidad¹⁷.

Como consecuencia de estas presiones, a mediados de 1938 la mayor parte de los refugiados vascos fueron repatriados y sólo quedaron en Francia unos 19.000, controlados por el Gobierno Vasco¹⁸, mientras que el número de menores se situaría en ese mismo periodo en torno a los 11.000. Es decir, globalmente podemos considerar que a principios de 1938 se encontraban en Francia unos 30.000 exiliados vascos.

El Gobierno de Euzkadi, a pesar de ver sobrepasada su capacidad de control por la envergadura del éxodo, llevó adelante una destacada labor asistencial acogiendo bajo su responsabilidad a varios miles de adultos. Se establecieron diversos centros de refugiados en Chatenay- Malabry, Château-du-Loir, Enghien-les-Bains, Narbona, Sète, Pezenas, Compans, Noyon y Montauban. La mayor parte de ellos funcionaron correctamente hasta que fueron requisados por las autoridades francesas en 1939 para albergar a la tropas y a los refugiados franceses procedentes de Sarre, Alsacia y Lorena, que ya comenzaban a ser numerosos tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial. De forma paralela, el PNV creó la organización asistencial *Euzko-Anaitasuna*, dirigida a la atención de los refugiados nacionalistas a través de subsidios y ayudas, pero también organizó una docena de refugios y colonias, instalados mayoritariamente en diferentes localidades de los Pirineos Atlánticos y de las Landas.

El aspecto sanitario-asistencial de los refugiados fue también objeto de una atención particular por el Gobierno Vasco, y en todas las colonias organizadas por el mismo el servicio médico estuvo atendido por personal de Departamento de Sanidad e incluso en el País Vasco francés los exiliados pudieron disfrutar de asistencia sanitaria a domicilio. También se crearon diversos hospitales para atender a los heridos de guerra, entre los cuales ocupó un lugar destacado el Hospital de la Roseiraie, situado en las proximidades de Biarritz, en el que fueron atendidos numerosos refugiados que necesitaron intervención quirúrgica¹⁹. En definitiva, podemos considerar que en el ámbito asistencial el Gobierno Vasco realizó una destacada labor, aunque mediatizada por el enorme número de exiliados y por las necesidades económicas suscitadas por los mismos, aspectos que limitaron drásticamente sus objetivos iniciales.

Por lo que se refiere a los más pequeños, el ejecutivo vasco desarrolló dos líneas de actuación en función de las diferentes sensibilidades políticas que convivían en su seno. Por un lado, el Departamento de Cultura, dirigido por el nacionalista Jesús María de Leizaola, centró su acción en la creación y el mantenimiento de colonias infantiles vascas con el objetivo fundamental de proseguir la labor educativa y cultural desarrollada en la República. Estos centros desarrollaron una línea educativa inspirada en las Escuelas Vascas, priorizando la recuperación del euskera, el fomento del folclore tradicional vasco y la enseñanza y la práctica religiosas. La mayor parte de las colonias dependientes de este Departamento fueron instaladas en localidades del País Vasco francés como Cagnotte, Itxassou, Ciboure, Cambo-les-Bains, Ustaritz, Armendaritz y Saint-Jean-de- Pied-de-Port. En esta última localidad se instaló la colonia infantil más numerosa con 419 menores, 213 chicos y 206 chicas, hasta principios de 1939. Por otro lado, el Departamento de Asistencia Social, dirigido por el socialista Juan Gracia, organizó las colonias y residencias infantiles de Orthez, Ghétary, Arraute-Charritte, Saint Christau y Dax, donde impulsó una enseñanza vasca laica, que reflejaba la tendencia socialista del Departamento y que excluía expresamente la enseñanza religiosa en los horarios oficiales.

En el caso de los niños que no dependían del Gobierno Vasco, la mayor parte de ellos, en torno a siete mil, fueron albergados por familias adoptivas en Francia. La mayoría de ellas eran francesas, pero también se sumaron varios centenares de familias españolas instaladas previamente en el país, fundamentalmente en la región de Languedoc-Rousillon. El resto de los niños fueron acogidos en diferentes colonias bajo la tutela del Gobierno de la República española, el *Comité d'Accueil aux*

Enfants Espagnols (CAEE), impulsado por el sindicato CGT, el Partido Socialista francés (SFIO) y el *Comité National Catholique d'Accueil aux Basques* (CNCAB), creado en 1937 por monseñor Clément Mathieu, obispo de Aire y Dax, además de por diversas instituciones humanitarias de países como Holanda, Estados Unidos, Noruega, Suecia..., que optaron por subvencionar la instalación de colonias infantiles repartidas por todo el territorio galo²⁰.

Por último, las autoridades vascas fueron muy pronto conscientes de la importancia que podía tener la presencia de estos refugiados en Francia en la conformación de la imagen del pueblo vasco en la población francesa. En las recomendaciones a las maestras designadas para acompañar a los niños refugiados en Francia en mayo de 1937, se hacían ya las siguientes consideraciones:

Hay que procurar respeto absoluto para las tradiciones, costumbres y peculiaridades de Francia y de sus habitantes, y a toda costa dejar bien sentada nuestra reputación de pueblo serio, democrático y respetuoso con los demás [...]. Evítese siempre dar espectáculos públicos que puedan dañar lo más mínimo la reputación del país, comportándose siempre, tanto en público como en privado, cual corresponde a un pueblo digno. El orden de las cosas, casa, calle, jardines, paseos, etc.... y el respeto a todo cuanto les rodee, debe ser la norma directriz de los niños refugiados. *Pensar que el mundo les está mirando y que lo que el mundo vea puede influir en pro y en contra de nuestro prestigio*²¹.

Conscientes de la oportunidad para difundir la singularidad del pueblo vasco, el Gobierno de Aguirre llevó a cabo toda una serie de acciones de propaganda, caracterizadas por su moderación, que tuvieron un impacto importante en la opinión pública francesa. Entre las diversas iniciativas impulsadas, destacaron el envío a Francia y otros países de Europa de dos agrupaciones artísticas de folclore vasco: *Eresoinka*, compuesta por adultos, y *Elai-Alai*, compuesta por niños de Guernica. Ambas realizaron numerosas actuaciones por toda Francia y otros países de Europa, destacando las realizadas en el Palacio Chaillot y en la Sala Pleyel de París²². También tuvo una gran repercusión la actividad desplegada por el equipo de fútbol *Euzkadi*, que disputó cuatro encuentros en Francia y varios más en otros países de Europa y América. Compuesto en su mayor parte por jugadores del Athletic de Bilbao, se enfrentó a diversos equipos profesionales, con grandes resultados deportivos y numerosas referencias en la prensa, donde fue presentado como la selección nacional de Euzkadi. Otro elemento destacado de esta política de propaganda exterior fue la edición en París del periódico *Euzko Deya*, que apareció de forma interrumpida desde el 29 de noviembre de 1936 hasta el 10 de mayo de 1940. A pesar de una modesta tirada, tuvo cierta influencia al constituirse en una importante fuente sobre la historia y la actualidad de los vascos para el conjunto de diarios franceses. El periódico, que aparecía dos veces por semana, fue así utilizado para defender el nacionalismo y el catolicismo del pueblo vasco. Conviene, por último, destacar la labor desplegada por la *Ligue Internationale des Amis des Basques*. Creada a finales de 1938, fue capaz de aglutinar entre sus miembros a relevantes personalidades de todos los ámbitos de la sociedad francesa, desde miembros de la jerarquía eclesiástica a destacados escritores, como François Mauriac o Jacques Maritain, y políticos y diputados, como Ernest Pezet o el propio Edouard Herriot, constituyendo un auténtico grupo de defensa de los intereses vascos en ámbitos políticos, sociales y culturales de Francia²³.

2.2. Los exiliados vascos en otros países

Como ya hemos apuntado, la mayor parte de los exiliados vascos fueron acogidos inicialmente en el territorio francés, antes de dirigirse hacia otros destinos. A pesar de la llegada de algunos grupos aislados desde 1937, fundamentalmente a Venezuela y Argentina, no fue hasta el final del conflicto cuando se inició una evacuación organizada de miles de vascos desde el viejo continente hacia diferentes países americanos como México, Argentina o Venezuela, entre otros. En algunos de estos ya existía una comunidad vasca bien implantada, que en ocasiones contribuyó a facilitar la llegada y la integración de los exiliados vascos²⁴.

Durante la guerra, tan sólo los niños llegaron a constituir grupos importantes de refugiados en diferentes países. En el caso de Gran Bretaña, fueron casi 4.000 los menores que llegaron en mayo de 1937 al campamento de Stoneham, en Southampton. Este campamento sirvió de base durante algunas semanas, antes de que los menores fueran enviados a alguna de las numerosas colonias creadas por los diferentes organismos que, como el Ejército de Salvación, el Partido Laborista, sindicatos y diversas instituciones vinculadas a la Iglesia católica, componían el *Basque Children Committee*, que se hizo cargo de todos los gastos ocasionados por los pequeños. Los menores fueron distribuidos en diferentes colonias a lo largo y ancho de todo el Reino Unido, desde el sur de Inglaterra hasta Escocia. Entre las colonias más importantes podemos señalar la colonia del Ejército de Salvación de Clapton, en Londres, que acogió inicialmente a unos 400 pequeños durante algunas semanas, antes de su traslado a otros destinos como Hadleigh, Brixton y Ramsgate. En la mayor parte de las colonias, los niños estuvieron encuadrados pedagógicamente gracias a la presencia de las maestras y auxiliares vascas, que permitieron, entre otras acciones, la creación de numerosos grupos de danzas tradicionales²⁵.

En la URSS fueron las autoridades soviéticas las que se hicieron cargo de todas las necesidades de los menores vascos exiliados. Los casi 1.500 menores vascos, junto con los llegados desde Asturias, Madrid y Valencia hasta superar la cifra de 3.000, fueron repartidos en catorce casas dependientes del Comisariado del pueblo para la enseñanza establecidas en Moscú, Leningrado y otras localidades de Crimea y de Ucrania. En estas colonias, generalmente bien equipadas, los niños estudiaron con profesores rusos y españoles y recibieron una educación de elite con grupos muy reducidos de entre 6 y 8 alumnos. La Comisaría de Cultura soviética editó incluso una *Antología de literatura española* y en general puede señalarse que fueron educados como niños españoles; se trató de acercarlos a la cultura rusa, pero evitando su asimilación. Se trataba de formar a la futura elite destinada a dirigir el país tras su retorno a España, aunque este retorno tardaría largo tiempo en producirse. Según señala el historiador Daniel Kowalsky, «la intención del Comité central era dar a los españoles una formación absolutamente comunista, imbuir en ellos el respeto y la estima del trabajo colectivo y, en resumen, hacer de ellos unos enérgicos constructores de la sociedad comunista»²⁶. Los niños sufrieron, sin embargo, durante bastante tiempo su adaptación a un sistema que les era ajeno, a miles de kilómetros de sus casas. Como señalara Manuel Tagüeña, en las escuelas de niños españoles el principal problema era el psicológico:

Arrancados de sus hogares a causa de la guerra, la mayoría de los niños y de los jóvenes se resistían más o menos conscientemente a ser educados por extraños y levantaban a menudo una barrera mental que ni siquiera los profesores españoles podían atravesar [...] era muy difícil ganarse su confianza²⁷.

En Bélgica fueron los comités de acogida y, sobre todo, las familias adoptivas las que soportaron el coste de la presencia de los niños refugiados, ya que el Gobierno belga se mantuvo al margen de este proceso. Su acogida implicó a organizaciones políticas, sociales y religiosas y a un amplio abanico de la población belga, desde familias socialistas y comunistas hasta familias profundamente católicas, y, por supuesto, la llamada de solidaridad fue atendida tanto por familias valonas como por familias flamencas. En esta acogida destacó el Partido Socialista Belga (POB-BWP), que ya a finales de 1936 había creado el *Comité National pour l'Hébergement des Enfants Espagnols en Belgique* (CNHEEB). Gracias a sus gestiones entre los meses de abril y julio de 1937, esta organización se hizo cargo y distribuyó entre familias afines a unos mil niños vascos. Como reacción a esta solidaridad socialista, el cardenal arzobispo de Malinas, monseñor Van Roey, creó la organización *Baskisch Kinderwerk-L'Oeuvre des Enfants Basques*, que aglutinó la solidaridad de las familias católicas y de diversas órdenes e instituciones religiosas, que se hicieron cargo de la acogida de 1.300 niños vascos. El Gobierno Vasco, por su parte, estableció un refugio en el castillo de Fourneau, en la provincia de Lieja, donde fueron acogidos 120 refugiados: mujeres, niños y ancianos. Además de estas instituciones, también aportaron su apoyo el Socorro Rojo Internacional (SRI), de carácter comunista, la Cruz Roja de Bélgica y el Grupo Español para la Defensa de la República²⁸. En conjunto, el número de niños vascos refugiados en Bélgica a lo largo de 1937 se

situó en torno a 3.300, de los cuales más de 3.000 fueron adoptados por familias, cifra que evidencia el fuerte compromiso de la sociedad belga con las víctimas del conflicto civil español²⁹.

El aspecto que mejor caracterizó la vida en el exilio de estos menores vascos refugiados en Bélgica fue, sin duda, su alto grado de integración gracias a su acogida en familias y a su ingreso en la escuela oficial. La mayoría de los padres adoptivos ejercieron una tutela responsable y fueron ellos precisamente los que más insistieron en que los pequeños mantuvieran el contacto con sus verdaderos padres a través de una correspondencia habitual y continua. No obstante, hubo también familias que con la adopción temporal buscaron la satisfacción personal de llenar el hueco de unos hijos que nunca tuvieron o que habían perdido. La autobiografía novelada por Luis de Castresana, en su obra *El otro árbol de Guernica*, se enmarca plenamente dentro de este fenómeno. No obstante, estas ramas no deben impedirnos ver el bosque de la solidaridad humana que impulsó a la mayoría de las familias a dar cobijo en sus hogares a estos pequeños refugiados sin ninguna otra pretensión que su auxilio³⁰.

Inmersos en este mundo familiar y escolar, las relaciones entre los niños vascos refugiados se vieron muy limitadas, y, pese a los esfuerzos del Gobierno de Euzkadi y del Gobierno republicano por remediar esta situación, lo cierto es que la mayor parte de ellos, especialmente los de menor edad, acabaron integrándose plenamente en la sociedad de acogida. El doctor Samperio, inspector de refugiados del Gobierno Vasco, se mostraba así de preocupado en un informe referido al ambiente en el que se desarrollaba la estancia de los niños en Bélgica:

Los niños van a la escuela y aprenden el francés o el flamenco, pero olvidan el español. Carecen de la necesaria escuela en lengua castellana y la mayoría está a falta de contacto con todo aquello que les pueda recordar su nacionalidad³¹.

2.3. *El pueblo vasco en Cataluña*

El *refoulement* impulsado desde finales de 1937 por las autoridades francesas provocó un retorno masivo hacia España de los refugiados vascos. A principios de 1938 existía en tierras catalanas una verdadera colonia vasca, cuyos efectivos varían según las fuentes utilizadas. Gregorio Arrien e Iñaki Goiogana, utilizando documentación del Gobierno Vasco, sitúan en torno a cien mil los refugiados vascos presentes en Cataluña, aunque existen informes manejados por esos mismos autores que reducen esa cifra hasta los 80.000³², cifra que a nuestro entender sigue siendo todavía muy elevada si tenemos en cuenta el importante porcentaje de refugiados vascos que prefirieron dirigir sus pasos hacia el País Vasco desde Francia, como ya apuntamos previamente.

Al igual que los refugiados procedentes de otras partes del territorio republicano, los vascos fueron distribuidos por todo el territorio catalán en casas, refugios y diferentes establecimientos organizados por las distintos organismos e instituciones, como el Gobierno Vasco, el Gobierno republicano y la Generalitat de Catalunya, así como por diversos organismos internacionales, como el Socorro Rojo Internacional, la Solidaridad Internacional Antifascista, la Cruz Roja, *L'Office International pour l'Enfance* o el Comité Internacional de Amigos de los Cuáqueros, entre otros.

Por lo que se refiere al Gobierno de Euzkadi, desde finales de 1936 funcionaba la Delegación del Gobierno de Euzkadi en Cataluña, cuya sede se encontraba en el paseo de Gracia de Barcelona, con Ricardo Altaba Planuc como secretario general, y cuyo objetivo era, entre otros, colaborar en la acogida y la atención del número creciente de refugiados vascos, en torno a 20.000, que desde septiembre de 1936 habían llegado a tierras catalanas. No obstante, la Delegación adquirió una verdadera importancia a partir del 15 de abril de 1937 con el nombramiento de Luis Areitioaurtena como delegado general, encargado de organizar la acogida de los refugiados procedentes de Francia.

A partir de octubre de 1937 Cataluña se convirtió igualmente en la sede del Gobierno Vasco por decisión del propio Aguirre, según Jiménez de Aberasturi, en una reunión celebrada en Bayona a principios de septiembre de 1937. La instalación del ejecutivo en Cataluña se decidió en función del número creciente de refugiados que había ido llegando a este territorio y de las características políticas del mismo, además de contar con un Gobierno propio, que mantenía buenas relaciones con los nacionalistas. Aguirre también se instaló en Barcelona, junto con Julio Jáuregui, Manuel Irujo, Eliodoro de la Torre y numerosos representantes del PNV, así como de los socialistas, republicanos y comunistas vascos. En dicha reunión se decidió igualmente mantener ciertas instituciones y una fuerte presencia en el extranjero, sobre todo en Francia, con Juan Gracia y Jesús María Leizaola en París, Monzón y De los Toyos en Bruselas, mientras que los consejeros De la Torre, Nárdiz y Astigarrabía se instalaron también en Barcelona.

Entre las diferentes iniciativas impulsadas en Cataluña por la presencia de los vascos, podemos señalar la publicación del periódico semanal *Euzkadi en Catalunya*, que agrupó y defendió todas las sensibilidades presentes en el Gobierno Vasco desde diciembre de 1936 hasta diciembre de 1937, cuando reapareció el diario *Euzkadi*, de carácter nacionalista. Posteriormente, a principios de 1938 también reapareció el semanario comunista *Euzkadi Roja*. En abril de 1938 se creó una cooperativa con el fin de facilitar el aprovisionamiento de los refugiados y en el mes de julio se creó el *Eusko-Etxea-Hogar Vasco*, con el objetivo de servir de lugar de encuentro e intercambio de los numerosos vascos residentes en Cataluña. No obstante, la labor fundamental de la Delegación del Gobierno Vasco en Cataluña fue la de acoger, agrupar, controlar, prestar ayuda y protección a los miles de refugiados vascos, pero también a los heridos y a los *gudaris* que llegaron hasta allí, con los cuales Aguirre trató de constituir un ejército vasco, aunque el desarrollo de la guerra y el recelo que originó la idea lo hicieran inviable. A pesar de todo, logró consolidar la legitimidad del Gobierno Vasco y defender su actuación autónoma respecto al Gobierno republicano.

Al igual que había hecho en el territorio vasco, el Departamento de Asistencia Social también instaló en el territorio catalán numerosos refugios, permanencias infantiles y una red de más de una veintena de comedores distribuidos por toda Cataluña, así como un servicio de entrega de ropa y calzados a los refugiados. El departamento de Sanidad implantó a finales de 1937 un servicio de atención médico-sanitaria a domicilio para los refugiados y en noviembre de ese mismo año abrió el hospital *Euzkadi* en Barcelona, como centro de operaciones quirúrgicas y maternidad, y el hospital *Gernika* en Granollers, para la hospitalización de niños enfermos y anémicos, además de la clínica *Otxandiano* y un hospital para tuberculosos. En total, el Departamento de Sanidad fue capaz de establecer más de 300 camas para aliviar la situación de los refugiados enfermos.

No obstante, y como ya ocurriera con los exiliados vascos en el extranjero, el ejecutivo vasco sólo pudo hacerse cargo directamente de un número reducido de refugiados. Estableció diferentes colonias infantiles en Sitges, Barcelona, Berga, Torremó, Arenys de Mar y Caldetas, donde los pequeños siguieron recibiendo clases con sus *andereños* y profesores y también se organizaron clases de euskera, aunque los medios materiales y escolares fueron muy limitados para desarrollar una verdadera labor pedagógica. Por otro lado, la situación de los refugiados vascos y de aquellos procedentes de otros territorios no dejó de empeorar a lo largo de 1938 por las dificultades derivadas del aislamiento de Cataluña del resto del territorio republicano. Los propios informes vascos describen en ocasiones una situación verdaderamente dramática:

Ha sido tan dolorosa la impresión que hemos recibido [...] la vida de nuestros refugiados en la comarca de la Garrotxa se desenvuelve, salvo excepciones muy contadas, en medio de dificultades de todo orden, en particular en el aspecto de la alimentación de los enfermos, ancianos y niños menores [...] los pobres harapos se les caen de viejos [...] la mayoría de las personas duermen en el suelo³³.

Esta situación iba a degenerarse aún más a partir de diciembre de 1938, cuando las tropas franquistas iniciaron una ofensiva imparable sobre Barcelona, que concluyó con la caída de la ciudad el 26 de enero de 1939. Esta ofensiva dio lugar a un éxodo masivo de la población civil y

militar, compuesta por los restos del ejército republicano, la población catalana más comprometida y decenas de miles de refugiados que se encontraban acogidos en Cataluña. En los últimos días de enero y las primeras semanas de febrero medio millón de personas, entre los cuales se encontraban miles de vascos, cruzaron la frontera francesa por los Pirineos nevados.

Es muy difícil llegar a conocer con exactitud el número de refugiados vascos, adultos y niños, que cruzaron la frontera en 1939 en una nueva huida a tierras francesas. Los autores difieren en sus cálculos. Koldo San Sebastián apuntó en su momento la cifra de 80.000, cifra que puede considerarse a todas luces excesivas si tenemos en cuenta que la presencia de refugiados vascos en Cataluña nunca alcanzaría tal dimensión y si recordamos que no todos los vascos presentes en Cataluña cruzaron la frontera. Muchas familias, sin una fuerte implicación política, consideraron oportuno no prolongar una huida que para muchos se había iniciado dos años atrás y regresaron a Euskadi en las semanas siguientes, en trenes de ganado, totalmente atestados de gente y, con frecuencia, en condiciones inhumanas.

La historiografía del exilio más reciente (los estudios de Arrien-Goigana y de Jiménez de Aberasturi citados previamente) se abstiene de cifrar los vascos exiliados en 1939. No obstante, sin querer sacralizar ni desdeñar esta cuestión, podemos considerar que a tenor de las cifras avanzadas en otros trabajos sobre el origen territorial de esa marea humana de casi medio millón de personas, los vascos en ningún caso superarían los 50.000. Es bien conocida por todos la dramática acogida dispensada por las autoridades galas y la instalación en campos de internamiento sin acondicionar sobre las playas de Argèles-sur-Mer, Barcarès, St-Cyprien..., o en terrenos inadaptados, como fue el caso de Gurs. En este último campo fueron internados más de 6.500 refugiados vascos, procedentes en su mayor parte de Argèles, que vivieron durante meses en condiciones de penuria generalizadas³⁴.

La dureza de las condiciones de vida en los campos, lo improbable de los trabajos que realizaron los refugiados y, sobre todo, el estallido de la II Guerra Mundial en septiembre de 1939, provocaron un importante y rápido retorno a Euskadi de muchos refugiados. No obstante, para varios miles de ellos, fundamentalmente para aquellos más comprometidos políticamente, ese retorno ni siquiera se planteó³⁵. Para ellos la permanencia en Francia o su huida hacia América aparecían como las únicas vías para continuar una vida que quedó trastocada desde su salida de Euskadi. Las esperanzas de retorno, mantenidas por muchos vascos hasta el final del conflicto mundial, se diluyeron dramáticamente a partir de 1945, cuando, pese a la victoria de los aliados, Franco siguió al frente del país.

3. Breve apunte historiográfico

Es indudable que en el transcurso de las dos últimas décadas los exiliados han dejado de ser los grandes desconocidos del conflicto. Los propios protagonistas, periodistas, historiadores, escritores, directores de cine..., cada uno desde su campo de acción, han contribuido a salvar esta página de la historia de las garras del olvido, aunque todavía quede trabajo por hacer.

La historiografía sobre el exilio vasco ha seguido, aunque con cierto retraso, el mismo camino que los estudios dedicados al exilio español. De las primeras obras fuertemente centradas en el estudio del exilio político y claramente partidistas, fundamentalmente nacionalistas, que caracterizaron los años setenta y primeros ochenta, se pasó en la década siguiente a unos estudios del fenómeno más críticos y centrados en nuevas temáticas anteriormente olvidadas o desdeñadas. Cabe destacar en este sentido los trabajos impulsados sobre la vertiente cultural del exilio por el profesor José Ángel Ascunze, que han contribuido a poner de relieve la trascendencia intelectual y literaria de algunos autores vascos exiliados ignorados o escasamente valorados en la sociedad vasca contemporánea. Conocemos bien el exilio infantil, al que se le han dedicado varias obras, aunque aún se echa de menos una monografía que estudie de forma detallada la presencia y la evolución de los menores

vascos en la Unión Soviética. La mujer exiliada sigue siendo, sin embargo, la gran huérfana de los estudios sobre el exilio. Pese a la aparición reciente de alguna monografía interesante³⁶, faltan trabajos históricos de fondo que nos permitan comprender mejor la actitud de las mujeres frente al proceso, las múltiples causas que sin duda influyeron en su decisión de exiliarse o no, la historia intrínseca de esta huida, con frecuencia ligada a su condición de madres, aunque no exclusivamente, o las consecuencias que este episodio tuvo para el conjunto de mujeres vascas. Por lo que respecta al ámbito político, sin duda el más estudiado, se conoce bien la evolución del PNV, pero no tanto lo ocurrido con el resto de partidos que integraron el ejecutivo de Aguirre, y aún hay algunas lagunas lacerantes como la ausencia de una monografía dedicada a Juan Gracia, aquel consejero socialista ante el que Aguirre se inclinó en el I Congreso Mundial Vasco (1956), calificándolo de «entero hombre», y que sigue siendo hoy en día uno de los políticos vascos más desconocidos, pese a su brillante labor al frente del Departamento de Asistencia Social hasta su trágica muerte en París en 1941.

La cuestión de las cifras, que tampoco esta contribución dilucida por completo, sigue siendo problemática en la medida en que los autores se atengan exclusivamente a los datos ofrecidos por el Gobierno Vasco. El recurso a la documentación extranjera que sirva para contrastar e incluso conocer ámbitos y realidades hasta ahora poco estudiados es, a mi modo de ver, una de las vías en las que deberán incidir los investigadores del exilio en los próximos años. Los interesantes trabajos de Jiménez de Aberasturi sobre la evolución de las políticas vascas en el exilio, o de Santiago de Pablo sobre el cine realizado en diferentes países sobre la guerra en Euskadi, muestran que ese es el camino a seguir, arduo pero fructífero.

¹ Archives départementales des Pyrénées Atlantiques, 1 M 258, *Guerre civile espagnole. Affaires diverses*.

² Archives départementales des Pyrénées Atlantiques, 1 M 289, *État numérique des refugies espagnols dirigés d'Hendaye sur l'intérieur de la France*, 1936.

³ *Memoria de la labor realizada por el Departamento de Asistencia Social, 21 de octubre-31 de diciembre de 1936*, editada por el propio Gobierno Vasco en 1937.

⁴ Archivo General de la Guerra Civil Española, Sección Político-Social, Santander, serie «O», legajos 146 a 158. Fichas del censo de refugiados realizado por Asistencia Social.

⁵ Archivo del Nacionalismo Vasco. Fundación Sabino Arana, S. K. 191, C. 5. Relación de solicitudes de evacuación. Departamento de Asistencia Social, enero 1937.

⁶ Archives du Ministère des Affaires Etrangères, Serie Z. Europe. Espagne 1918-1940, legajo 188.

⁷ Construido en la Naval de Sestao para la *Compañía Transatlántica* en los años veinte, este buque tenía unas dimensiones de 146,30 metros de eslora, 18,59 de manga y 6,3 metros de calado. Desde su botadura hasta la guerra había realizado numerosos trayectos transoceánicos con destino a Cuba, México y Nueva York, con el nombre de *Alfonso XIII*, que fue sustituido por el de *Habana* con la llegada de la II República.

⁸ Polixene Trabudua, *Crónicas de amama*, Fundación Sabino Arana-Emakunde, Bilbao, 1997, p. 139.

⁹ Archivo del Nacionalismo Vasco, S. 338 K. 7, Emigración vasca. Ciudadanos vascos entrados en Francia. Informe realizado en París el 18 de marzo de 1939.

¹⁰ Un grupo de historiadores situó a principios de los noventa esa cifra en 23.231 vascos evacuados desde Santander y 29.855 desde Asturias. M. C. Ferro, P. González Marcos y J. L. Méndez Rueda, «Vascos en Francia con motivo de la guerra civil española», en VV. AA., *Españoles en Francia*, Coloquio internacional, Salamanca, 2-4 de mayo de 1991, pp. 472-485.

¹¹ Juan Carlos Jiménez de Aberasturi va aún más lejos y reduce la cifra a 79.538 vascos exiliados en 1937: *De la derrota a la esperanza: políticas vascas durante la Segunda Guerra Mundial (1937-1947)*, IVAP, Bilbao, 1999, p. 15.

- ¹² Estos menores fueron acogidos en diferentes países de Europa: a Francia llegaron unos 22.800, a Gran Bretaña 3.861, a Bélgica 3.278, 1.600 tuvieron como destino la URSS, mientras que un pequeño grupo de 250 encontraron refugio en Suiza y otros 100 más en Dinamarca.
- ¹³ *Informe de Presidencia*, recogido en la obra de J. C. Jiménez de Aberasturi, op. cit. p. 16.
- ¹⁴ Archivo General de la Guerra Civil Española, P. S. Santander, «C», 21/12, Viaje del Vapor «Cabo Corona» llevando refugiados de Bilbao a la Palisse (*sic*).
- ¹⁵ Archives départementales de la Loire Atlantique, 1 M, Carta del prefecto de la Loire-Inférieure al ministro del Interior, 21-VII-1937.
- ¹⁶ Archives départementales de Vaucluse, 4 M 211, États numériques, 1936-1937.
- ¹⁷ Archivo del Nacionalismo Vasco. Fundación Sabino Arana. Fondo Villa Endara, carpeta 3. Consulta afiliados, 1939.
- ¹⁸ Según un informe del Gobierno Vasco, un contingente de unos 30.000 vascos se encaminó hacia Cataluña, mientras que otros 60.000 se dirigieron hacia el País Vasco por la frontera de Irún. I. Anasagasti y Koldo San Sebastián, *Los años oscuros. El Gobierno vasco. El exilio (1937-1941)*, Txertoa, San Sebastián, 1985, p. 37. Las cifras podían ser menores, pero son interesantes porque indican claramente el deseo de una mayoría de los refugiados vascos de volver a casa y poner fin a la incógnita perenne del exilio, al menos entre aquellas familias que no consideraron que sus vidas estaban en peligro al volver a Euskadi.
- ¹⁹ Jean-Claude Larronde, *La Roseraie.ko Ospitalea. L'Hôpital de «La Roseraie». El Hospital de «La Roseraie» 1937-1940*, Bidasoa, 2002.
- ²⁰ Jesús J. Alonso Carballés, 1937. *Los niños vascos evacuados a Francia y Bélgica. Historia y memoria de un éxodo infantil, 1936-1940*, Asociación de Niños Evacuados el 37, Bilbao, 1998, pp. 173-258.
- ²¹ Archives départementales de Vaucluse, 4 M 213. La cursiva es nuestra.
- ²² Lide de Olaeta, *Segundo de Olaeta: cien años para la cultura vasca*, autoedición, Bilbao, 1996.
- ²³ Para aquellas personas interesadas en este organismo y su labor, consultar la obra de Jean-Claude Larronde, *Exil et solidarité. La Ligue Internationale des Amis des Basques*, Bidasoa, Villefranche, 1997.
- ²⁴ No nos extenderemos en el análisis de este exilio que se produce fundamentalmente desde Francia. Remitimos al lector interesado a la obra clásica de Koldo San Sebastián, *El exilio vasco en América 1936-1946. La acción del Gobierno*, Txertoa, San Sebastián, 1988, y a la página web www.euskosare.org, donde pueden encontrarse numerosas referencias de estudios sobre la diáspora vasca.
- ²⁵ Entre las obras que han tratado este éxodo, podemos destacar las de Gregorio Arrien, *Niños vascos evacuados a Gran Bretaña (1937-1940)*, Asociación de Niños Evacuados el 37, 1991, y Adrien Bell, *Only for three months. The Basque children in exile*, Mousehold Press, Norwich, 1996 (reeditado en 2007).
- ²⁶ Daniel Kowalsky, *La Unión Soviética y la Guerra Civil española: una revisión crítica*, Crítica, Barcelona, 2003, p.123.
- ²⁷ Manuel Tagüeña, *Testimonio de dos guerras*, Planeta, Barcelona, reeditado en 2005, p. 167. Por lo que se refiere a los niños vascos, se puede consultar la obra de Dorothy Legarreta, *The Guernica Generation: Basque refugee children of the Spanish Civil War*, University of Nevada Press, Reno, 1984. Existe traducción al euskera: *Gernika belaunaldia: espainiar anai-artekeo gudako, euskal ume errefuxiatuak*, Kriselu, San Sebastián, 1987. También pueden consultarse las obras de E. Zafra, R. Crego y C. Heredia, *Los niños españoles evacuados a la URSS (1937)*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1989, y A. Alted Vigil, E. Nicolás Marín y R. González Martell, *Los niños de España en la Unión Soviética. De la evacuación al retorno, 1937-1999*, Fundación Largo Caballero, Madrid, 1999.
- ²⁸ Jesús J. Alonso Carballés, op. cit., pp. 259-306.
- ²⁹ Archivo del Nacionalismo. Fundación Sabino Arana, S. K. 338, C. 7. Informe realizado por el Doctor Samperio con motivo de su visita de inspección a Bélgica el 18 de noviembre de 1937.
- ³⁰ Mención especial merece la familia Eeckman, comunistas belgas, por su excepcional solidaridad, ya que a sus seis hijos biológicos sumaron ocho niños más llegados a Bélgica en 1937. Una de las afortunadas fue Esther Arocena Torrecilla, una niña de Bilbao, que ha relatado su excepcional experiencia con dicha familia en el libro de Emilia

Labajos y Fernando Vitoria, *Los niños. Histoire d'enfants de la Guerre Civile espagnole exilés en Belgique*, Ed. Vie Ouvrière, Bruselas, 1994, pp. 63-65.

³¹ Informe realizado por el Doctor Samperio con motivo de su visita de inspección a Bélgica el 18 de noviembre de 1937, *cit.*

³² Gregorio Arrien e Iñaki Goiogana, *El primer exilio de los vascos. Cataluña 1936-1939*, Fundación Sabino Arana-Fundació Ramon Trias Fargas, Barcelona, 2002, p. 123.

³³ Archivo General de la Guerra Civil Española, P.S. Barcelona, 913.

³⁴ Además de la obra ya clásica sobre este campo: Claude Laharie, *Le camp de Gurs: 1939-1945, un aspect méconnu de l'histoire du Bearn*, J & D, Biarritz, 1993, recientemente el historiador Josu Txueka ha publicado *Gurs. El campo vasco*, Txalaparta, Tafalla, 2007.

³⁵ El número de vascos con responsabilidad y familiares a su cargo que a finales de diciembre de 1939 seguían recibiendo subsidios por parte del ejecutivo vasco era de 6.554. G. Arrien e I. Goionaga, *op. cit.*, p. 473.

³⁶ José Ramón Zabala Agirre (dir.), *Non zeuden emakumeak? La mujer vasca en el exilio de 1936*, Saturraran, San Sebastián, 2007.